

# LA CAPILLA DE MOSEN RUBI DE BRACAMONTE Y SU INTERPRETACION MASONICA

Antonio Bonet Correa  
*Universidad Complutense*

Uno de los monumentos más bellos de Avila y Castilla la Vieja es la capilla de Nuestra Señora de la Anunciación, más conocida como capilla de Mosén Rubí de Bracamonte. De armoniosa arquitectura, labrada en sillería, forma parte de un hospital que, en 1512, fundó la viuda Doña María de Herrera, la cual, al no tener descendencia, legó su cuantiosa fortuna a esta institución benéfica que, en honor a Jesucristo y sus doce apóstoles, serviría de albergue a trece pobres -siete hombres y seis mujeres- que fuesen según el testamento «personas honestas y embergonzadas»<sup>1</sup>.

Situada dentro del recinto amurallado medieval de la ciudad, la capilla de Mosén Rubí se encuentra cerca de la Puerta del Mariscal, en un barrio de nobles palacios y anchas perspectivas. Ubicada entre la Plaza de Fuente el Sol, la calle de Bracamonte y la Plaza de Mosén Rubí, tiene su cabecera visible desde varios y pintorescos puntos de vista. Su fachada y entrada principal en ángulo recto forman un atrio cerrado por una moderna reja. Por la calidad de su arquitectura, es monumento arquitectónico que atrae y llama la atención de propios y extraños.

La capilla, comenzada, sin duda, con anterioridad a la fundación del hospital, por Doña Aldonza de Guzmán, tía de la fundadora, es de estilo gótico-tardío<sup>2</sup>. Su cabecera, de planta poligonal de doce lados, está cubierta con una gran bóveda estrellada. Al exterior, con esbeltos contrafuertes, presenta una sobria estructura decorada solamente con las características pomas de la arquitectura abulense y una serie de escudos heráldicos, de los que hablaremos más adelante. Construcción que se interrumpió durante años, a causa de la Inquisición según algunos autores, la capilla fue acabada a finales del siglo XVI, añadiéndole un vestíbulo y una fachada de arquitectura clasicista. El hospital que cierra el ángulo, es de fábrica de mampostería, con una portada renacentista. De piedra arenisca, con un bello relieve de la Anunciación, fue labrada unos veinte años antes de finalizarse el cierre definitivo de las obras de la capilla.

Edificio, siempre elogiada por parte de todos aquellos que han escrito sobre la ciudad de Avila, la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte ha sido objeto de una doble interpretación según fuese la mentalidad e ideología de los distintos autores. Por un lado hay que contar con los estudios históricos-artísticos, de carácter arqueológico, que analizan el monumento en sus aspectos formales o tectónicos. Los historiadores de la arquitectura y del arte más eminentes se han ocupado de una obra que consideran excepcional por la calidad de su fábrica y construcción. Por otro lado hay que considerar la opinión de los historiadores, en especial de la masonería, los cuales consideran que el primer edificio masónico en España fue esta singular capilla gótico-renacentista, obra de los siglos XV y XVI.

El primero que se ocupó de la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte fue el abate Ponz el cual, a finales del siglo XVIII, la calificó como uno de los mejores edificios de la ciudad<sup>3</sup>. Con sus criterios neoclásicos, Ponz elogió no sólo la parte renacentista del vestíbulo y la fachada del templo sino también la Capilla Mayor gótica, lamentando, en la segunda edición de su libro, que se hubiese desmontado en su centro el sepulcro de los fundadores. Aparte de las descripciones hechas en las distintas guías de la ciudad en el siglo XIX, hay que esperar al inicio del siglo XX para encontrar el estudio del edificio, de acuerdo a la metodología de la moderna historia del arte. Don Manuel Gómez Moreno, en su *Catálogo Monumental de Avila y su provincia*, relacionó la cabecera gótica de la capilla con el ábside del monasterio jerónimo del Parral en Segovia y atribuyó, como más tarde Don Elías Tormo, el vestíbulo clasicista a los aparejadores de El Escorial, Pedro de Tolosa y Pedro del Valle<sup>4</sup>. En fecha más reciente, el arquitecto Fernando Chueca Goitia mantuvo esta atribución, subrayando el «purismo» de su trazado, elogiando la maestría de los «cortistas de piedra» españoles del siglo XVI -«de los mejores de Europa»- a la vez que relacionó el diseño de la portada, de arco de sillares almohadillados y enjutas de espejos cóncavos, con el arte de Alonso de

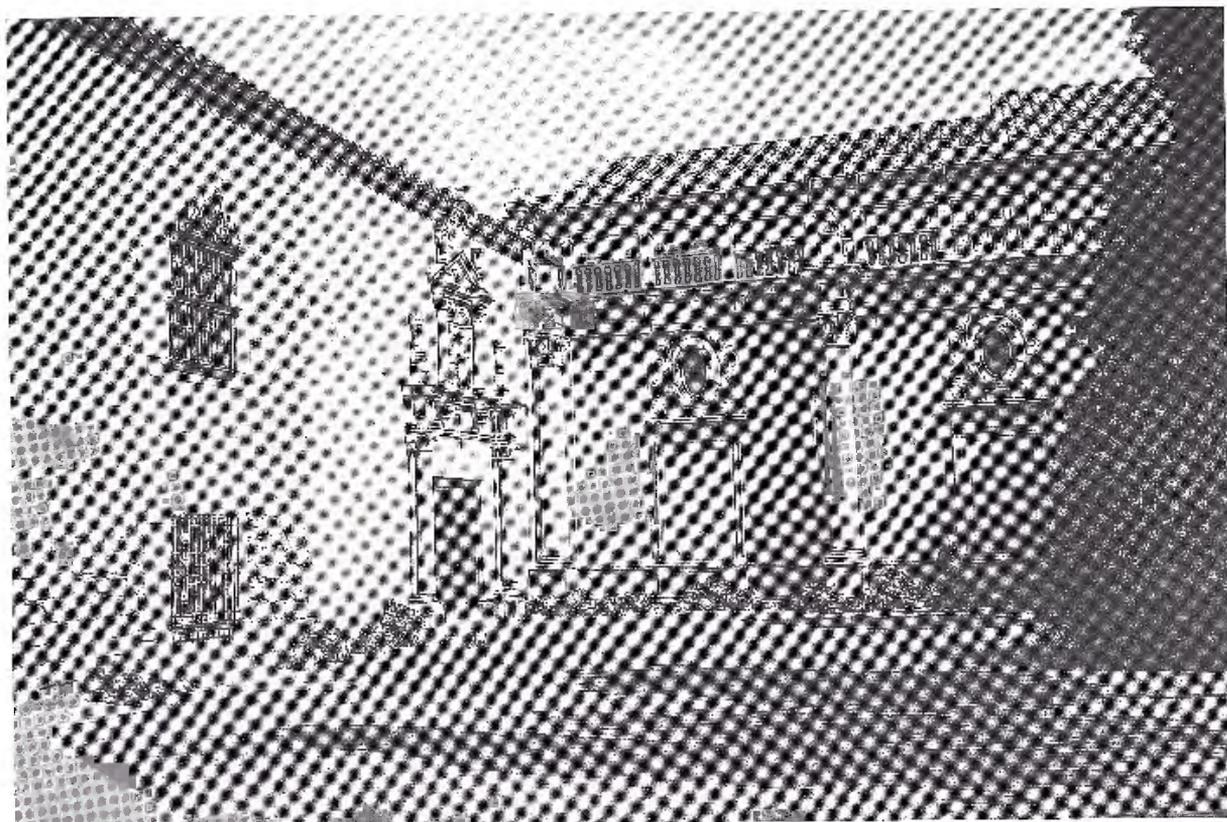


Fig. 1. Capilla de los Bracamonte, patio de acceso.

Covarrubias en el Alcázar de Toledo<sup>5</sup>. El mismo autor, en otro lugar, al estudiar las bóvedas estrelladas de la arquitectura del gótico tardío español relacionó la planta poligonal de Mosén Rubí de Bracamonte con las cabeceras del convento de dominicos de Casalarreina (Logroño), Santa María de Laguardia (Alava), del convento del Parral de Segovia, de la iglesia de San Francisco en Medina de Rioseco (Valladolid), de la iglesia del Espinar (Segovia) y de tantas otras de fines del siglo XV y principios del siglo XVI<sup>6</sup>.

Al análisis meramente formal de los historiadores del arte mencionados se opone la interpretación simbólica de varios autores del siglo XIX, en especial aquellos que estudiaban la historia de la masonería, los cuales veían en la arquitectura de la Capilla de Mosén Rubí un simbolismo esotérico que demostraba la existencia de masones operativos en España durante el siglo XVI.

El primer historiador que llamó la atención sobre «la significación misteriosa de esta notable fundación observada por más de un extranjero y algún estudioso español» fue, en 1873, el historiador de la ciudad de Avila Juan Martín Carramolino<sup>7</sup>. Un año más tarde, en 1874, Don Vicente de la Fuente, autor de una *Historia de las Sociedades Secretas*, se interrogaba sobre el carácter laico de la capilla, que había sido construida por Mosén Rubí de Bracamonte, personaje que según su opinión había pertenecido a la masonería<sup>8</sup>. Aunque autores locales como Romanillos y Cid, señalaban el carácter «singularísimo» del edificio, envuelto en

«sombras que velan el motivo de su fundación», no queriendo dar muchos detalles «por lo resbaladizo y peligroso de la cuestión» pronto se desarrolló toda una literatura acerca de su origen<sup>9</sup>. Los historiadores de la masonería, Tirado y Rojas (1893), Díaz y Pérez (1894), Creus y Corominas (1899), recalcaron el sentido masónico del templo abulense<sup>10</sup>. Pero sin duda la publicación que más contribuyó a difundir el tema fue el artículo que sobre la masonería figura en la *Enciclopedia Espasa*. En el apartado sobre España señala que esta capilla es «la primera prueba, aunque debatida» de la existencia de la masonería en España al final de la Edad Media y principio del Renacimiento. Importante también desde este punto de vista la consolidación del tema fue el capítulo que con el título «La francmasonería en el siglo XVI» incluyó en su libro sobre Felipe II sobre el historiador inglés William Thomas Walsh<sup>11</sup>. En nuestros días el escritor y publicista Juan G. Atienza, siempre interesado por lo mágico, lo oculto y lo insólito, mantiene despierta la atención sobre una cuestión, en su opinión todavía no dilucidada<sup>12</sup>.

La interpretación masónica de la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte, según los autores citados se puede resumir en siete puntos. El primero es relativo a la forma pentagonal del interior del templo con «sorprendente» parecido a la planta de las logias de rito escocés. El segundo, se refiere a las vidrieras de colores que tienen símbolos masónicos. Igual sucede en los contrafuertes

y botareles, las columnas del patio y el pedestal del crucero del atrio, elementos en los cuales figuran escudos con mazos, escuadras y compases, es decir los emblemas de los grados primer y tercero de la francmasonería. El tercero, era el púlpito, desaparecido, que tenía planta pentagonal y estaba sostenido por una columna triangular la cual también ostentaba idénticos símbolos. El cuarto, es que en la sillería de coro, sobre el asiento presidencial, se ve el globo terrestre o una esfera atravesada por un puñal blandido por una mano, es decir la alegoría propia al grado treinta de los caballeros Kadosch. El quinto, que las tres primeras gradas de las escaleras de la torre estaban cortadas en forma triangular, lo mismo que el frontón que corona el altar mayor. Sexto punto, que las columnas del vestíbulo de entrada a la Capilla Mayor son las columnas -Jakin y Boaz- de la logia masónica inspiradas en las del templo de Salomón. Y por último y séptimo punto, que la posición de las estatuas, antes yacentes, de los fundadores, al ser colocadas verticalmente se presentaban de forma distinta a la de los orantes: el fundador levantando su espada con la mano izquierda hacia el hombro del mismo lado, alegoría del grado treinta, y su esposa, también en pie, mirando al suelo en actitud de meditar, con la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo.

Quizás de todos los indicios que pueden inquietar más al historiador son los signos que están grabados sobre uno de los ventanales de la cabecera en el lado del Evangelio. Difíciles de descifrar, no se sabe bien si son

una fecha o si tienen un carácter kabalístico. Es indudable que tienen una significación que, hoy por hoy, se nos escapa. Es extraño que ningún autor señale esta inscripción. Sin dejar volar la fantasía, no se comprende cómo ninguno de los arqueólogos o historiadores haya reparado en su existencia e intentado su lectura.

Dos son los autores que han rebatido la interpretación de que la Capilla de Mosén Rubí de Bracamonte fuese, en su origen, un templo masónico. El primero, sin mencionar su carácter esotérico, fue, en 1896, Enrique Ballesteros que, al describir el monumento, afirmó «que se puede decir que ni es capilla ni tampoco de Mosén Rubín, lo primero porque sobra importancia, suntuosidad y anchura para merecer otra denominación, y lo segundo porque no fue fundada por dicho Mosén», ya que quien se ocupó de la construcción de su fábrica fue el tercer nieto «del Almirante de Francia venido a Castilla en el reinado de Enrique II»<sup>13</sup>. El segundo autor, que con su gran conocimiento de la historia de la masonería en España ofrece las mayores garantías de seriedad científica, es José Antonio Ferrer Benimeli, el cual, tras señalar la existencia de numerosas marcas de picapedreros y escudos con mazas, compases y escuadras, que demuestran la existencia de la masonería operativa en la península ibérica, niega, sin embargo, que la capilla de Mosén Rubí pueda ser un ejemplo de funcionamiento en España de la masonería en el siglo XVI, tal como lo afirman «erroneamente» los autores

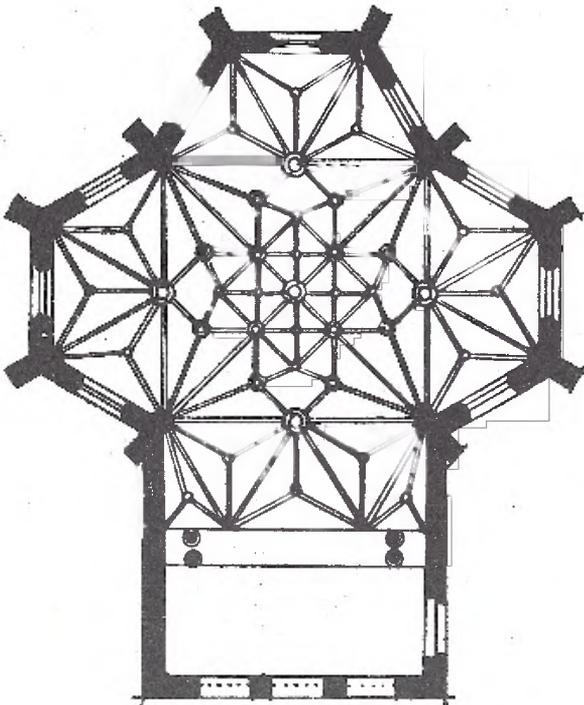


Fig. 2. Capilla de los Bracamonte, planta (Chueca)

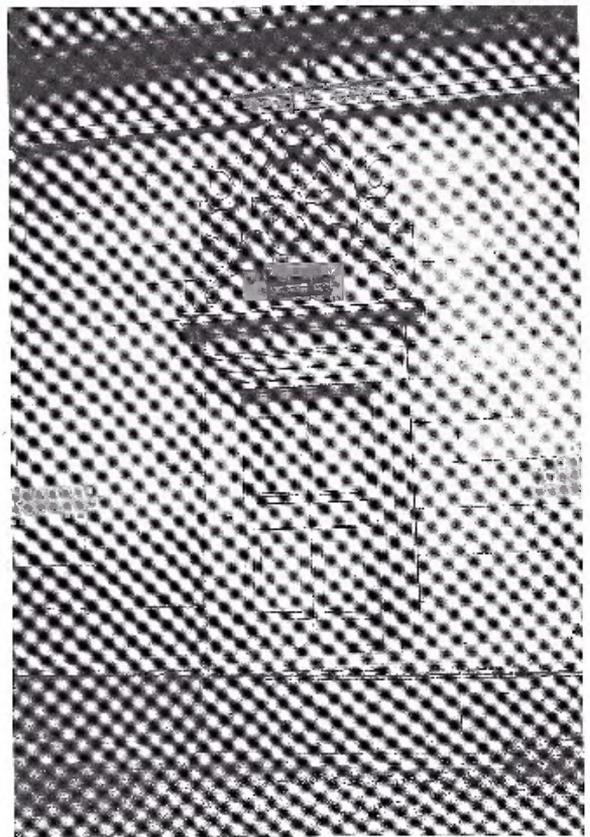


Fig. 3. Capilla de los Bracamonte, ventanal.



Fig. 4. Capilla de los Bracamonte, interior.

antes citados<sup>14</sup>. Ferrer Benimeli, que se apoya en la autoridad "masónica" de Pedro González Blanco, el cual rebatió ya las teorías de La Fuente, considera que es imposible que el escudo de la silla presidencial del coro pueda ser símbolo de un caballero Kadosh, ya que tal grado no existía entonces, pues fué instituido dos siglos después, por el rey Federico II de Prusia. También que, si se encuentran en otras iglesias de Avila escudos con mazas y escuadras, es porque se trata más bien de un tema heráldico y no masónico<sup>15</sup>.

Desde el punto de vista de la ciencia del blasón es cómo hay que analizar en primer lugar la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte. En el escudo de la familia de Bracamonte, de origen francés, con antepasados que, sin duda, habían pertenecido al arte de la construcción de las grandes catedrales, figuran, además de un mazo, una escuadra o «chevron», ganado este último, sin duda, en las acciones bélicas<sup>16</sup>. Según la heráldica de Juan de Arfe y Villafañe, «el chevron es una pieza de honor, en forma de medio sotuer, o más bien como una escuadra, cuya punta o ángulo de curso se alarga hasta el centro del gefe, quedando como un compás abierto»<sup>17</sup>. Su significado es en extremo interesante. Según Arfe, «esta figura se concede en Armenia a los que salen heridos en las piernas, y muchos la tienen por símbolo de protección y conservación o geroglífico de constancia y firmeza, por la representación que tiene del cubierto de un edificio, al que resguarda de las injurias del tiempo». Con forma de V invertida, el chevron o cabrio, de procedencia francesa, como indica Martín de Riquer, tuvo poca aceptación en Castilla, encontrándose sólo en

las armas de los Bracamonte, según lo había señalado ya Alonso de la Torre<sup>18</sup>. Armas de escudos, que los Bracamonte prodigaron en sus tumbas y en los edificios de su patronato, son pues símbolos de una autoconsideración o quizás excesiva y petulante muestra de una nobleza que, de manera consciente e insistente querían o necesitaban proclamar a todos los vientos.

La genealogía e historia de la familia de los Bracamonte es reveladora de gran parte del misterio que envuelve la capilla de Mosén Rubí. Acerca de la nobleza de su linaje existen laudatorias de la época, aunque hay historiadores que sospechan que esta familia de extranjerizantes pudiese ser de raza judía<sup>19</sup>. De sobra es sabido cómo los «marranos» o conversos ocultaban su origen israelita. Los judíos conversos, como la familia de los Cepeda, a la que pertenecía Santa Teresa de Jesús, encubrían en la sombra toda posible presunción de mancha en la limpieza de su sangre.

La referencia más antigua que se conoce sobre la capilla y familia de los Bracamonte es la del fraile benedictino fray Luis de Ariz. De principios del siglo XVII, cuando hacía poco tiempo que se había acabado la capilla de Mosén Rubí, figura en la voluminosa *Historia de las Grandezas de Avila*<sup>20</sup>. Ariz, que considera que la capilla era «una de las mejores y más hermosas obras de Castilla», en la segunda parte de su libro, al tratar de *La Nobleza en Avila*, consagra dos capítulos a los Bracamonte. En uno reproduce el testamento del almirante Mosén Rubí, «vasallo del rey de Francia» que con posesiones en Francia declaraba haber estado casado,

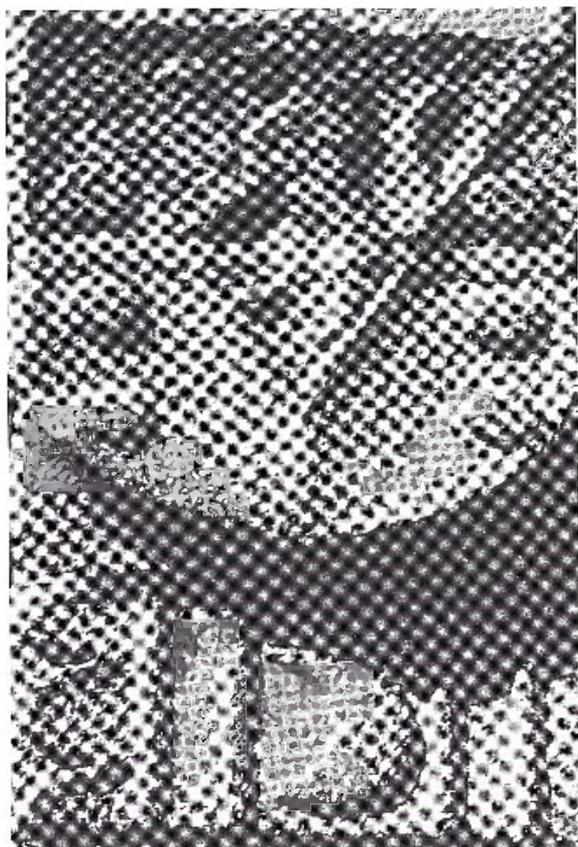


Fig. 5. Capilla de los Bracamonte, escudo familiar.

en primeras nupcias, con Doña Inés de Mendoza y en segundas, con Doña Leonor Alvarez de Toledo. Ariz, que confundía a la primera esposa de Mosén Rubí con la hermana del cardenal Pedro González de Mendoza, el gran cardenal de los Reyes Católicos, y a la segunda esposa con la hermana del Duque de Alba, no iba desencaminado al vincular el almirante a familias de tan alta alcurnia. La primera era, en realidad, hija de Don Pedro González de Mendoza, mayordomo del rey D. Pedro I, el cual le concedió los señoríos de Hita y Buitrago. Cabeza de los Mendoza, sus descendientes serían el Marqués de Santillana, padre del Gran Cardenal de España y el duque del Infantado. Igual sucede respecto a su cuñado, Alvarez de Toledo, que si no era el duque de Alba, sí era antecesor legítimo. Mosén Rubí, almirante francés de origen normando, que vino a España en el tiempo en que también lo hizo Beltrán du Guesclín, combatió al lado de Enrique II. Lo mismo que su suegro y cuñado, que pertenecían a la pequeña nobleza ascendente, se benefició de los favores con que los Trastamaras pagaban la lealtad de sus fieles servidores<sup>21</sup>. Mosén Rubí, tío del también normando Juan de Bethancourt, al cual prestó dinero, a cambio de propiedades en Francia, para la expedición de la conquista de las Islas Canarias, fue, pues, un personaje de gran relieve en el momento en que España sufría un cambio esencial<sup>22</sup>. Enterrado en Toledo, ciudad en la que falleció en el año 1419, sus restos fueron trasladados, en el año 1565, por su cuarto nieto, a la iglesia de San Francisco

de Avila. Su familia, asentada en Avila, muy pronto alcanzaría señoríos y títulos, que como el de Peñaranda de Bracamonte, le proporcionaron lustre y categoría de primer orden en Castilla.

Al fundar la capilla y hospital de la Anunciación en Avila, Doña María de Herrera designaba «Patrón Gobernador e mayordomo principal... e proveedor de lo subsodicho» a Don Diego de Bracamonte, Señor de Fuente el Sol, vecino y regidor de la catedral de Avila «e después de sus días a Mosén Rubí de Bracamonte, su hijo legítimo e de la Señora Doña Isabel de Saavedra»<sup>23</sup>. Don Diego que era sobrino por parte del marido de Doña María de Herrera, pasaba a ser, lo mismo que su hijo, patrono de una fundación que llevaría el nombre de la familia Bracamonte. La confusión establecida entre el almirante y su cuarto nieto y homónimo es pues evidente. Los historiadores decimonónicos identificaron en una sola persona las que eran dos, de forma que siempre se refieren a un Mosén Rubí extranjero, establecido en Castilla, y no a un miembro posterior de su familia totalmente integrado en la sociedad abulense de su tiempo.

De los distintos Bracamontes señalemos el sacerdote Francisco Ventura de Bracamonte y Guzmán, más conocido como Francisco Guzmán. Amigo y protector de Santa Teresa de Jesús, tenía una hermana monja carmelita. Santa Teresa de Jesús, estando en oración en Salamanca el 15 de Septiembre de 1573, tuvo un rapto del espíritu en la hora misma en que moría, en Avila, Don Francisco<sup>24</sup>. Su presentimiento es indicio de la estima en que la Santa tenía a este Bracamonte, sin duda hijo del segundo Mosén Rubí. Otros Bracamontes, como los condes de Peñaranda, se cruzaron en la vida de la santa mística y la reformadora de la Orden Carmelita<sup>25</sup>.

Que los Bracamonte se movieron en un medio social alto y cortesano se evidencia al constatar la amistad de Juan de Bracamonte con Antonio Pérez, el famoso secretario de Felipe II<sup>26</sup>. Un hijo suyo, a la vez sobrino del conde de Barajas, casó con una hija de Antonio Pérez, después de la muerte en París del terrible enemigo del monarca. Fruto de este matrimonio fue el valeroso capitán de corazas Don Francisco de Bracamonte Dávila, caballero de Santiago. Otros Bracamontes tuvieron relaciones con lo más florido del humanismo italiano. Así Diego Alvarez Bracamonte fue criado como hijo suyo por el Marqués de Pescara y su mujer Victoria Colonna<sup>27</sup>.

Pero el Bracamonte que a finales del siglo XVI quedó ligado a la capilla de Mosén Rubí, en donde con tanto orgullo se prodigan los blasones de la familia, fue Don Diego Bracamonte, el cual, el 17 de febrero de 1572, fue públicamente ajusticiado -degollado y no ahorcado por ser noble- en la Plaza del Mercado Chico<sup>28</sup>. Felipe II, temeroso de una revuelta, ante la agitación que provocaron unos pasquines aparecidos en las calles de Avila,

protestando de los impuestos y de la política del rey al excluir a los nobles del gobierno, mandó se ejecutase su condena a muerte. En la novela *La Gloria de Don Ramiro*, del escritor argentino Enrique Larreta, se narra tan lúgubre acontecimiento<sup>29</sup>. A las seis de la fría tarde invernal rodó la cabeza de uno de los principales caballeros de Avila. Los nobles de la ciudad, que deliberadamente durante todo el día habían permanecido encerrados en sus moradas, salieron al atardecer para recoger el cadáver de Don Diego y seguidamente trasladarlo con suma solemnidad a la capilla de Mosén Rubí. Allí lo velaron toda la noche. Al día siguiente, en una fúnebre comitiva, condujeron el féretro con los restos del malaventurado noble hasta la iglesia de San Francisco, en donde lo enterraron junto a la tumba de su antecesor, el almirante Mosén Rubí de Bracamonte. Sobre la puerta de la sacristía de la capilla de Mosén Rubí hay un cuadro con un crucifijo, debajo del cual se lee la siguiente leyenda: «Rogad a Dios en caridad por el Alma del Noble Caballero Don Diego de Bracamonte que por defender los intereses de Avila fue decapitado en la Plaza del Mercado Chico el lunes 17 de febrero del año 1592 en cuya noche estuvieron sus restos depositados en esta capilla y al día siguiente trasladados a la iglesia de San Francisco donde reposa R. I. P. Amén». Para los historiadores del siglo XIX la figura de Don Diego de Bracamonte se agranda al ser un héroe liberal, un mártir de la lucha contra el absolutismo y la Inquisición.

Durante más de doscientos años, en los siglos XVII y XVIII, la capilla permaneció sin ser escenario de ningún otro acontecimiento. Sólo en el siglo XIX se trasladarían al hospital las monjas dominicas que desde el siglo XIV estaban en Aldea de la Cruz, transformando el hospital en un convento de clausura. Fue también en el siglo XIX cuando los historiadores tan repetidamente citados aquí, se fijaron en el carácter singular del templo. Al inicio de nuestro siglo, la capilla fue objeto de los cuidados de sus patronos, descendientes de la familia Bracamonte. En 1912 Don Fernando de la Cerda y Carvajal, Conde de Parcent, hizo restaurar la capilla y demás edificios al arquitecto Enrique María Repullés y Vargas, tal como consta en una lápida colocada en el muro izquierdo del vestíbulo del templo. Repullés, que era natural de Avila, aparte de otros edificios importantes de la capital de España, fue el arquitecto de la Bolsa de Comercio de Madrid (1885). Ligado por paisanaje y devoción a Santa Teresa, fue autor de la iniciada y no acabada neogótica Basílica Teresiana de Alba de Tormes, en la provincia de Salamanca. Como arquitecto restaurador, fue el autor de las obras de San Jerónimo el Real en Madrid, de la basílica de San Vicente de Avila y de la catedral de Salamanca. Académico de Bellas Artes, gozó en vida de fama y respeto entre sus colegas. Arquitecto muy pulcro y hombre conservador, practicó el eclecticismo historicista, clásico en los edificios civiles y estilo neogótico en las obras religiosas. No es extraño que

fuese llamado para restaurar esta capilla, cuya pureza de líneas y armonía arquitectónica podía muy bien comprender. Sus arreglos y consolidaciones contribuyeron, sin duda, a que hoy la capilla de Mosén Rubí se encuentre en tan buen estado de conservación.

Desde hace muchos años la capilla permanece cerrada al público. A no ser en las tempranas horas de la misa matutina resulta difícil su visita. No cabe duda de que su clausura se debe a la leyenda que rodea al edificio. La interpretación masónica ha sido la causa de que exista recelo por parte de las monjas que la custodian ante aquellos que piden ver su interior y sobre todo quieren fotografiarlo. Hay que obtener un permiso especial para penetrar en el templo. Con tal actitud, en vez de desmitificar su historia, sus actuales guardianas contribuyen a envolver en mayor misterio un edificio que, fundado por Doña María de Herrera en 1515, dos años antes de que naciese en la ciudad la niña Santa Teresa de Jesús, es hoy el más excelso monumento de su época. Precisamente Santa Teresa será no sólo la reformadora de la disciplina de las órdenes religiosas sino también de la arquitectura, despojándola de todo aditamento, ornato y boato nobiliario. Mientras la santa iba creciendo en años y virtud se construía este templo, cuyos patronos ostensiblemente hacían alarde de señorío y poder. Fastuosamente construyeron su capilla, la cual por un designio de la historia ha quedado marcada por el sello del arcano, rodeada de un sigilo y de una significación que se nos escapa.

En la fachada de la capilla hay un vano cegado que simula en piedra de sillería unas contras de madera. De igual forma parece cerrarse a nuestro conocimiento toda posible interpretación del templo. Detrás de esta hermética, sellada y muda ventana pétreca se esconde encubierto de silencios y reservas el secreto de una familia extranjera y advenediza, que lejos de su país de origen escaló las más altas gradas de la nobleza española, el cual logro no le impidió más tarde el ser abatida por la suprema potestad regia, por la prepotencia y el arbitrio del rey Felipe II, el máximo monarca de la Contrarreforma. No es extraño, pues, que la masonería española del siglo XIX quisiese reconocer en la Capilla de Mosén Rubí su inaugural y fundacional edificio en España y hacerlo valer como carta de antigüedad y nobleza, convirtiendo su origen en mito y en leyenda de su pasado, lo cual hoy difícilmente admite la crítica histórica más rigurosa y veraz.

## NOTAS

(1) En el testamento que conserva el conde de Parcent, dado en Valladolid el 2 de octubre de 1512, se nombraba al hospital heredero universal de sus bienes y de los de su difunto esposo Andrés Vázquez de Avila. Los donados, que debían tener más de 50 años, llevarían hábito «de paño pardillo, de igual precio», serían calzados y

vestidos con ropa interior además de tener asistencia médica y botica. La capilla tendría seis capellanes que cantarían los oficios divinos de día y los maitines de noche. Además de «ser muy honestos e recogidos», deberían ser «buenos gramáticos que sepan bien e entiendan lo que rezaren, é si pusiesen ser habidos que sepan más que gramática que sean tomados que otros seyendo honestos e recogidos». Vid. Manuel Foronda «Fundación de la Capilla de Mosén Rubí» (2-oct-1512), en *Boletín de la Real Academia de la Historia* t.LXIII, Madrid, 1913, págs. 336-350.

(2) José Belmonte Díaz, *La ciudad de Avila. Estudio Histórico*, 2ª edc., Caja de Ahorros de Avila, 1897, págs. 250-251.

(3) Antonio Ponz, *Viaje de España*, t. XII, Carta X, 46-50, 1ª edición de 1783 y 2ª edc. de 1788.

(4) Manuel Gómez Moreno, *Catálogo Monumental de Avila* (1901), Edición revisada y preparada por Aurea de la Morena y Teresa Pérez Higuera, Institución Gran Duque de Alba y Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Ministerio de Cultura, Madrid 1983, t. I, págs. 194-197., t. II, láms. 464-468.

(5) Fernando Chueca Goitia, *Arquitectura del siglo XVI*, en *Ars Hispaniae*, t. XI, págs. 367-368. La atribución a Tolosa y Valle de la ampliación de la capilla se basa en la *Cartilla Excursionista - Avila* de Don Elías Tormo.

(6) Fernando Chueca Goitia, *Historia de la Arquitectura Española. Edad Antigua. Edad Media*, Editorial Dossat, Madrid 1965 pág. 567.

(7) Juan Martín Carramolino, *Historia de Avila, su provincia y obispado*, Madrid 1872-1873, t. III, pág. 114.

(8) Vicente de la Fuente, *Historia de las Sociedades Secretas, antiguas y modernas, en España y especialmente de la Francmasonería*, Madrid Imprenta Infante, 1874. El mismo libro había sido publicado cuatro años antes, en 1870, por la Imprenta de Soto Freire en Lugo.

(9) Fabriciano Romanillos y Fernando Cid, *Guía Artística para visitar la ciudad... con la colaboración artística de D. Angel Redondo de Zuñiga*, Imprenta «El Diario», Avila (S.A.), págs. 103-104.

(10) Para los libros de estos autores véase el tomo de José A. Ferrer Benimeli, *Bibliografía de la masonería*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1978.

(11) William Thomas Walsh, *Felipe II*, 5ª edc. Espasa Calpe, Madrid 1958 págs. 335-349.

(12) Juan G. Atienza, *Guía de los recintos sagrados españoles*, Arín, Barcelona 1986, págs. 145-156.

(13) Enrique Ballesteros, *Estudio Histórico de Avila y su territorio*, con un prólogo de D. José Ramón Mélida.

Tipografía de Manuel Sarachaga, Avila 1896, págs. 300-302.

(14) José Antonio Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, vol. I, *Las Bases de un conflicto (1700-1739)*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1975, págs. 48-50.

(15) Ferrer Benimeli utiliza los artículos sobre *Rectificaciones históricas* publicados por Pedro González Blanco en la revista *Latomía*, II (Madrid, 1933).- Para los escudos Ferrer Benimeli consulta la *Enciclopedia Heráldica y Genealógica Hispano-americana* de García Garrafa (Madrid, 1925, tomo 16, págs. 196-210.

(16) El benedictino Luís Arín en su *Historia de las Grandezas de la ciudad de Avila* (1607), en el capítulo sobre los Bracamonte reproduce las siguientes octavas alusivas a las armas de esta noble familia.

Gracia de:

Con su cabrio, y con su maço

De Argen en la piedra sierra

Braquemonte con su braço

Desbarató gran pedaço

De gente de Inglaterra

Por su Rey, por la Poncela

Y mejor venció la tela

Mosen Henrique Rubin

Con don Beltran de Claquin

En la fraternal pelea

(17) Juan de Arfe y Villafañe, *Varia Commensuración...* Nueva edición corregida, aumentada y mejorada con estampas finas por Don Josef y Torres y Compañía, Madrid en la Imprenta Real, Año 1806, 2 tomos.

Esta edición lleva un *Apendice a las obras de Juan de Arfe en el cual se trata de la Ciencia heráldica o del blasón en los escudos de armas, división de sus cuarteles, nombre que a cada uno corresponde, sus colores, y modo de representar estos en el grabado por medio de la dirección de líneas*, tomo II, pág. 121.

(18) Martín de Riquer, *Heráldica castellana en tiempo de los Reyes Católicos*, Biblioteca Filológica Quaderns Crema, Barcelona 1986, el libro de Fernando González-Doria, *Diccionario heráldico y nobiliario de los reinos de España*, Editorial Bitacora, San Fernando de Henares (Madrid), 1987, pág. 467.

(19) Gregorio Marañón, *Antonio Pérez (El hombre, el Drama, la Epoca)*, Espasa-Calpe, Madrid 1963, 2 vols.. Habla repetidamente de varios los Bracamonte, de los que cree eran de origen judío. También se recoge igual sospecha en la *Historia de la Inquisición en España y América*, dirigida por Joaquín Pérez Villanueva, t. I, pág. 855.

- (20) Fray Luis Ariz, *Historia de las Grandezas de la Ciudad de Avila*, Alcalá de Henares, Año de 1607. Hay una edición facsimil hecha por la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Avila, Avila 1978, págs. 98, 421-425 y 485.
- (21) Para una visión del problema, estudiado por México, véase Julio Valdeón Baroque, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Editorial Siglo XXI de España, Madrid 1975.
- (22) *Diccionario de Historia de España, Revista de Occidente*, Madrid 1968, t. I, pág. 517.
- (23) Manuel de Foronda, *Op. Cit*; pág. 346.
- (24) Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, *Tiempo y vida de Santa Teresa*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1968, págs. 455 y 487.
- (25) *Ibid*, Pág. 9, 162, 166, 417, 487, 490, 495, 509, 510, 654.
- (26) Gregorio Marañón, *Op. Cit*; Capítulos VII y XVIII.
- (27) Abelardo Merino Alvarez, *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La Nobleza*, Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en recepción pública del Sr. .... el día 11 de Abril de 1926. Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, Madrid, 1926, pág. 160.
- (28) José Belmonte Díaz, *Op. Cit*; págs. 297-299.
- (29) Enrique Larreta, *La Gloria de Don Ramiro*, Buenos Aires, 1943, págs. 244-248.

#### SUMMARY

This chapel has great significance in Castilian art history. It was occupied by Ponz until Chueca Goitia emphasized its gothic importance for its starred vault. The history of the chapel is also important: the patrons of the chapel, the Bracamonte's were a very important family. Philip II ordered the execution of Diego de Bracamonte (1527) for his protest of royal policy. In the 19th Century, the Spanish Masonry wanted to acknowledge its charter of foundation, but the author proved this unacceptable as a result of the most recent historical criticism.